

Venid, yo no hollaré con mis cantares
 Del pueblo en que he nacido la creencia,
 Respetaré su ley y sus altares;
 En su desgracia á par que en su opulencia
 Celebraré su fuerza, ó sus azares,
 Y fiel ministro de la gaya ciencia
 Levantaré mi voz consoladora,
 Sobre las ruinas en que España llora.

¡Tierra de amor! ¡tesoro de memorias,
 Grande, opulenta y vencedora un dia,
 Sembrada de recuerdos y de historias,
 Y hollada asaz por la fortuna impía!
 Yo cantaré tus olvidadas glorias,
 Que en alas de la ardiente poesía
 No aspiro á mas laurel ni á mas hazaña,
 Que á una sonrisa de mi dulce España.

DEL TROVADOR.

INTRODUCCION.

Yo soy el trovador que vaga errante
 Si son de vuestro patria estos linderos
 No me dejéis pasar, mirad que canto
 Que yo soy de los bravos caballeros
 La dama rogada y la cautiva amante
 La oca cegada y los comestores
 Gan que á cada hora lleven sus amores
 Por hermosas cedayas y princesas.

Venid á mí, yo canto los amores
 Yo soy el trovador de los linderos
 Yo canto el amor con vuestros linderos
 Guardadme que royo en mi jardín
 Yo canto el amor de los linderos
 Que os da el amor de los linderos
 Y el amor de los linderos y comestores
 Que os da el amor de los linderos.

Yo soy el trovador de los linderos
 Yo canto el amor con vuestros linderos
 Guardadme que royo en mi jardín
 Yo canto el amor de los linderos
 Que os da el amor de los linderos
 Y el amor de los linderos y comestores
 Que os da el amor de los linderos.

Yo soy el trovador de los linderos
 Yo canto el amor con vuestros linderos
 Guardadme que royo en mi jardín
 Yo canto el amor de los linderos
 Que os da el amor de los linderos
 Y el amor de los linderos y comestores
 Que os da el amor de los linderos.

Yo soy el trovador de los linderos
 Yo canto el amor con vuestros linderos
 Guardadme que royo en mi jardín
 Yo canto el amor de los linderos
 Que os da el amor de los linderos
 Y el amor de los linderos y comestores
 Que os da el amor de los linderos.

LEYENDA PRIMERA.

LA PRINCESA DOÑA LUZ.

LA VENTANA DE LA TORRE.

Fria y lóbrega es la noche
 A mas de humeda y medrosa,
 Que el pabellon de los cielos
 Confusas nieblas embozan.
 Se afana en vano la vista
 Para registrar la sombra
 Porque la menor distancia
 Los objetos encapotan.
 Desiertas están las calles,
 Las puertas cerradas todas,
 Las centinelas ocultas
 Y bajo techo las rondas.
 No hay una sola ventana
 En donde acche ó se esconda
 Una doncella atrevida
 Ni una madre recelosa.
 No hay en reja ni en esquina
 Galan que yerto se esponga
 Las monótonas goteras
 A contar una tras otra.
 Que es asaz cruda la noche,
 Y el cierzo sutil que sopla
 Deja las manos sin bríos
 Para asir de la tizona.
 Solo en una torrealla
 Del alcázar, donde moran
 Los reyes, brilla una luz
 Tras unos vidrios dudosos.
 Tan débil y tan opaca,
 Que apenas no se coloran
 Las ricas alegorías
 Con que los vidrios se adornan.
 Mas al ecsámen prolijo
 De vista escrudinadora
 Se alcanza que en este instante
 Quien vive allí no reposa.
 Pues aunque hay unas cortinas
 Que las vidrieras entoldan,
 Oscilan continuamente
 Luces produciendo y sombras.

Y apelando á unos celillos
 O á una recta y buena lógica,
 Pudiera darse en que hay dentro
 Desvelada una persona,
 Que sin descanso pasea
 La estancia, y dando á la atmósfera
 Movimiento, el de los lienzos
 Con cada paso ocasiona.
 La verdad es que allí dentro
 Está pasando á estas horas
 Una escena que sin duda
 Mucho saber nos importa;
 Si no por lo que interese
 A quien esto lea ú oiga,
 Por nuestra naturaleza
 Entrometida y curiosa.
 En un sillón de dos brazos,
 La faz y la vista torva,
 Descolorido el semblante,
 Y entre ofendida y llorosa
 (Aunque en nudos de respeto
 Aprisionada la boca)
 La princesa doña luz,
 Con su silencio razona.
 Y su apostura modesta,
 Y su calma majestuosa
 Por su causa buena ó mala
 Imperiosamente abogan.
 El rey Egica, su tío,
 Sin disimular su cólera,
 Mide sin compás ante ella
 A largos pasos la alfombra.
 Y su barba mal peinada,
 Y las cejas negras, cerdosas,
 Sus labios trémulos, pálidos,
 Y la aspiracion que sorda
 Del aire que le circunda
 Tan difícilmente toma,
 Le semejan á una fiera
 Cuanto enjaulada rabiosa.
 Paróse en medio la estancia.
 Por fin, y en su encantadora
 Sobrina puso los ojos
 Do la rabia se le asoma;

Y él altivo y ella humilde,
El feroz, ella medrosa,
Bien compararse puede
Al milano y la paloma.
Por último el rey la dijo,
Con voz destemplada y cóncava:
—Con que ello es que lo desprecias,
Mozuela atrevida y loca?
¿Con que tienes en tan poca
Mi cariño y mi persona
Cuya dueña hacerte quise
Por hacerte venturosa?—
A cuyas palabras necias
Insolentes é injuriosas,
Subió al rostro de la infanta
Todo el carmin de la honra.
—Mirad lo que habláis, repuso,
Que una sangre no es propia
Y aquí somos dos mujeres
Y no hay mas que una corona.
Para dama, no he nacido,
Si vuestra intencion es otra,
Ventura y razon os faltan
Y resolucion me sobra.
—Y amor en otro parece...
—Eso, tio, no os importa,
Basta que no os quiera á vos
Para lo que entramos toca.
—Pues probaremos entrambos
Nuestra fortuna, señora,
Y si hay galan de por medio
Cuidad bien que no os le coja,
Porque ya sabeis que hay leyes
Que queman á las sin honra,
Y que es sentencia que dada
Ni el mismo rey la revoca.
Y esto hablando, el rey Egica
En el manto se reboza,
Y dando un fuerte portazo
Dejó á la princesa á solas.
Corrió á la puerta el cerrojo.
Doña Luz, y en su congoja
Soltó las riendas al llanto
Que á sus párpados se agolpa.
Llenó el aire de suspiros,
Se mesó la faz hermosa,
Y la belleza maldijo
Que con pesares le agobia.
Destrenzóse los cabellos,
Arrojó al suelo la toca,
Pisó los ricos collares,
Y renegó de las joyas,
Y renegó de la sangre
Heredada, régia, y goda
Que á ocultar tenaz la obliga.
Su inspiracion amorosa:
Y desesperada al cabo
Dirigióse hácia la alcoba
Sin dar aviso á sus damas
Que la descüñan las ropas.
Las lágrimas á los ojos
Mas que nunca abrasadoras,
Mas triste que nunca estuvo

Llena de negras memorias:
Iba á soplar en la lámpara
Soledad ansiando y sombra,
Cuando á una puerta escusada
Sonó señal cautelosa.
—¿Luz mia! dijeron, ¿Luz
De mi esperanza! ¿estás sola?
E introduciendo una llave
Se abrió la puerta en dos hojas.
—¿Amor mio! exclamó el mozo.
—¿Bres tú? dijo la hermosa;
Y se tendieron los brazos,
Y se besaron las bocas.
—¿Tú has llorado, Luz?
—Y mucho.
—¿Pues hay razon?
—Poderosa!
—¿Por Dios, alma de mi alma,
Que me digas quién te enoja!
—Está lejos de tu alcance.
—¿Lejos? ¿por Nuestra Señora
Que como espectro no sea
Ha de pesarle su obra!
Dime su nombre.
—Mi tio.
—¿Tu tio! Luz, estás loca!
—Mi tio, el rey.
—¿Por San Pablo!
Jamás pensara tal cosa,
¿El que tanto te queria!
—Esa es mi desdicha toda,
Que hoy de mi amor se consume
En la hoguera licenciosa.
—Eso mas?
—Vino á mi estancia
De noche, solo, á deshora,
Besó mis plantas de hinojos,
Y con palabras fogosas
Me vino á decir las ansias
Que su corazon devoran.
—¿Y tú, Luz?
—Yo le he tirado
A la cara su corona.
Yo te amo y nunca tu imágen
Del corazon se me borra.
Y á las caricias tornaron
Y á las confianzas propias,
De quien idólatra encuentra
Siempre firme á quien adora.
—Mira, Luz, (dijo el mancebo)
Nuestras visitas se acortan
Cada dia, y mas difíciles
Me van siendo y mas penosas.
Hay ojos que nos escuchan
Y envidiosos que me rondan,
Y se aportilla tu honor,
Y mi dicha se malogra,
¿Quieres otorgarme un bien?
—Un bien? tú mismo le toma,
Qué puedo negarte yo?
¿Cuál es?
—Que seas mi esposa.
—¿Y el rey?

—¿Qué pueden los hombres
Contra la ley protectora
De el cielo que nos escucha
Y por nosotros aboga?
Ven, ante esta santa imágen
De la Concepcion te postra,
Y júrame que eres mia.
—Si que lo juro, y gustosa
Te doy mi vida y mi alma
Que lejos de tí me estorban.
—Y yo te juro, amor mio,
Ante esa virgen piadosa,
Ser tuyo aunque á nuestro amor
El universo se oponga.
Y una y otra vez juraron
Así de hinojos, y á solas
Adorarse hasta la muerte
Como esposo y como esposa.

Crecia en tanto la lluvia,
Y con furia asoladora
Cruzaba el viento bramando
Entre las almenas góticas.
Estrellábanse en los vidrios
Las arrebataadas gotas,
Y en el nocturno silencio
De aquella tiniebla lóbrega,
Duraba en la torrecilla
Donde la princesa mora
Aquella luz que brillaba
Tras de los vidrios dudosa.
Mas ya no es interrumpido
Su reflejo por la sombra
De las cortinas movidas
Al paso de una persona.
Todo permanece quieto,
Tranquilo está todo ahora
Y es claro que quien la habita
O vive ausente, ó reposa.
Y allá, mas tarde calmada
La tormenta, y ya la aurora
Vecina al nublado oriente
Se apagó la misteriosa
Luz, y por postigo oculto
Con precaucion previsora
Bajó al puente de Alcántara
Un bulto de humana forma.
Pasó la siguiente noche,
Y pasaron otra y otras,
Y siempre ardía la luz
Hasta el alba, en cuya hora
Bajaba á la puente misma
La misma figura lóbrega
Embozada, solitaria,
Recatada y recelosa.
Y así se fueron pasando
Noches tras noches, y en todas
Al apagarse la luz
Aparecia la sombra.
Y allá á lo lejos se via
Por la ribera arenosa
Huir un hombre al escape
De un potro negro que monta.

II.

AVENTURAS Y DESVENTURAS.

Mas dió el rey en sospechar,
Y doña Luz dió en fingir;
Ella empezó á no salir
Y el rey en la cuenta á dar.
Cerró la infanta su puerta
A sus damas y á su tio,
Achacando este desvio
A una enfermedad incierta.
Y pasó un mes y otro mes,
Y seis, y segun parece,
Doña Luz está en sus trece...
Mas el rey se está en sus tres.
Cada mañana subia
De la infanta al aposento,
Pero, siempre en el momento
En que doña Luz dormia.
Ya por la noche fatal,
Ya porque el mal la acosaba
Nunca para hablar estaba,
E iba adelante su mal.
Si el tio no satisfecho,
Llegaba hasta la cortina
De la alcoba, á su sobrina
Hallaba siempre en su lecho.
Los ajustados tapices
Indiscreto alzó una vez;
Y halló su pálida tez
Sin sus hermosos matices.
“Luego está enferma, verdad!
Dijo, y mordióse los labios,
Añadiendo, mas hay sabios
Que vean su enfermedad.”
Y llamando á sus doctores
Visitarla les mandó,
Mas ella les regaló
Con los desaires mayores.
Decia su camarera
Siempre: *duerme, está en el baño,*
Y no llegará en un año,
Dia en que los recibiera.
“La noche ha sido muy mala,
Yace en un sueño apacible,
Despertarla es imposible...”
Y ellos siempre en la antesala.
Y el rey con noticia tal,
Zeloso de la princesa,
La dió iracundo por presa
En su misma estancia real.
Damas quitóla y donceles,
Y no escusando cautelas,
La señaló centinelas
Entre sus siervos mas fieles.
En emboscada los puso
A los piés de la escalera,
Muerte amagando á cualquiera
Que tapara algun abuso.
Nadie allí debia entrar
Ni salir noche ni dia,

Mas que Leonor que solia
A la infanta acompañar.

Mas ¡ay de quien ceta necio
A dama que le aborrece!
Que mas el peligro crece
Cuanto á su engaño da precio.

Cuanto mas su empeño es
En dar tenaz con su objeto,
Mas de quien vela el secreto
Va creciendo el interes.

Y cuanto mas su tesoro
Guarda afanoso y avaro
Mas pronto, cuanto mas caro,
Se halla quien se venda al oro.

Andaba el celoso rey
Sin que le bastaran ojos,
Guardas doblando y cerrojos
Y amagando con la ley.

Resuelto á no perdonar
A quien despreció su amor,
Aunque otra mancha mayor
Hubiera de resultar.

Y juraba en su coraje
Que á hallar falta en la doncella
Había de hacer en ella
Grave escarmiento y ultraje.

Y á caerle entre las manos
El galan (si al fin le hubiera)
Moririan en la hoguera
Como patanes villanos.

Y así el tío en acechar
Y la sobrina en fingir,
Están los dos en seguir
Hasta perder ó ganar.

Ella está en guardar su encierro,
El en doblar centinelas,
Ella en frustrar sus cautelas
Y él en preparar su entierro.

Y así van y vienen dias,
Y así amarrados al patro
Siguen la una y el otro
Con su mal y sus porfias.

Hasta que allá en una noche
Se oyeron sordas, confusas
Y sentidísimas quejas,
Que aunque escusarlas procura
Quien las escuchaba, no puede
Del todo ahogarlas sin duda,
Y se le arrancan del pecho
Con desolacion profunda.
Ya eran ayes agudísimos
De quien con dolores lucha,
Ya tristísimos gemidos
De una mujer moribunda.
Los que oídos por los guardias
Que á doña Luz aseguran,
Interpretacion tomaron
De diversas conjeturas.
Dijeron unos que acaso
Por un gran crimen que oculta,

La atormentan fieramente
Los incubos y las brujas.
Otros dijeron que el rey,
Porque su afición repulsa,
Mandóla dar unas yerbas
Con que cayó en la locura.
Y algunos, mas perspicaces
Que ambas cosas dificultan,
Que haya misterio sospechan
Y del misterio murmuran.

Así pasó largo tiempo.
De la media noche, á cuya
Hora cesaron de pronto
Aquellos ayes de angustia.
Y en las distintas creencias
De los crédulos que escuchan,
Los unos se condolieron
De la apenada hermosura,
Los otros de su accidente
Juzgaron menos la furia,
Y algunos se santiguaron
Creyendo en la sombra oscura
Sentir huyendo de espíritus
Densa y espantada turba,
Ante el poder de un conjuro
O al resplandor de la luna.
Mas brevemente olvidadas
Sus aprensiones nocturnas
Cayeron presa del sueño
Que las memorias sepulta.

La noche es mansa y tranquila
Y aunque la atmósfera enturbian
Algunas nubes errantes,
Raras estrellas la alumbran.
Sopla revoltoso el cierzo
Y aunque tormentoso, nunca
Segun por donde se arrastra
Silba, gime, brama, ó zumba.
Todo en Toledo reposa,
Y negra, apiñada y junta,
Se vé la ciudad que á trechos
Ya se oscurece ó se alumbra,
Segun que los nubarrones
Por ante los astros cruzan.
Y allá por entre las peñas
Del valle opaco en la hondura,
Se oye el ronco son del agua
Del Tajo que se derrumba,
Entre los rudos peñascos
Alzando hervorosa espuma.
¡Medrosos sitios son estos;
Medrosos por las figuras
Informes que representan
Y por tradiciones muchas!
¡Misteriosos son aquellos
Peñascos y quebraduras,
Cuyos contornos se estienden
En irregulares curvas!
Y en la fantasía toman
Forma y variedad difusa,

Y vida en el miedo encuentran,
Y en las creencias se abultan.

Deslizándose en silencio
Por su superficie rústica,
Viene á estas horas bajando
Una sombra lenta y muda.
Aparicion que nacida
En alguna grieta inmunda
Vaga de una en otra peña
Sobre el aura que la empuja.
Pálida ilusion diabólica,
Inútil, perdida y única
Evocada en un conjuro
Pronunciado á la ventura.
Doliente imágen de alguno
Que mal hallado en su tumba
Viene á la orilla del agua
De sus recuerdos en busca.
Alma penada y maldita
Que por ignoradas culpas
Desorientada en la noche
El mundo á deshora cruza.
Pues ni se sienten sus pasos
Ni de su peligro cura,
Y ya resbala, ya salta,
Huye, aparece ó se ofusca
Y ya pisa de las márgenes
La arena blanda y menuda,
Ya toca al agua, y parece
Que consigo mismo lucha,
Y vuelve do quiera el rostro
Con miedo, y se vé que oculta
Incomprensible designio
Cuya ejecucion la angustia.

Al fin la luna amarilla
Rasgando las importunas
Nubes, de lleno en las rocas
Derramó su lumbré pura:
Y en este momento, rápida
Con mano firme y segura,
Lanzó la sombra un objeto,
Que rompiendo el agua turbia,
Sumióse por un instante
En la corriente profunda.
Quedó la vision un punto
Sobre la ribera húmeda
Inmóvil y confundida
Entre la sombra y la bruma,
Contemplando de las aguas
La superficie que arruga,
El vienteillo que corre
Llevando encontrada ruta.
Hasta que en medio del rio
Sobre el agua que le impulsa
Viendo el objeto que espera
Que á la superficie suba,
Volvió á alejarse del rio
Por entre las peñas rudas,
Tomando una áspera senda
Que los brezos dificultan.
Así llegó á la muralla
Del real alcázar, en cuya
Piedra hay abierto un postigo

Por resortes que le empujan,
Y al sumirse de la sombra,
Por él la informe figura,
A merced de una linterna
Que tras el postigo alumbraba,
Se dejó ver claramente
Aquella vision nocturna,
Que enlutada y medrosa
Era una mujer en suma.

Cuanto mas se recataba
Doña Luz y resistía,
Mas el rey se enfurecía
De ver que no la lograba.

Llevaban ambos su empeño
Con tan resuelto tesón
Que ella seguía en prision
Y el rey de la torre dueño.

Por mas que madrugador
Llegaba todos los dias
A su puerta, en sus porfias
Nunca el rey iba mejor.

De verla no hallaba medio
Por mas protestas que hacia,
Doña Luz de él no admitía
Ni visita ni remedio.

Decía su camarera
Siempre "duerme."—*Está en el baño.*
Y no llegará en un año
Dia en que le recibiera.

*"La noche ha sido tan mala....
La convulsion fué terrible....
Despertarla es imposible...."*
Y el rey siempre en la antesala.

Hasta que ya enfurecido
Con desprecios tan tenaces,
Juró de no hacer las paces
Ni darse nunca á partido.

Cesó, pues, en sus visitas,
Y cesando en su esperanza,
Se dió á buscar su venganza
Por maneras inauditas.

Seguro que tal desden
Por otro se le causaba
Ya solamente trataba
De asegurarse por quién.

Y hasta juró en su coraje
Que al fin con culpa ó sin ella,
Iba á hacer en la doncella
Grave y escarmiento y ultraje.

Y á no dar en conclusion
Con el galan que tenia,
En la hoguera moriria
La mitad de la nacion.

Y ciego y sin atender
A que era su ángel real
Citóla ante un tribunal
Como á una infame mujer.

Y para injuria mayor
Pública haciendo su audiencia,
Compró la torpe insolencia
De un villano acusador.

Llegó, pues, la hora fatal,
Mandaron á la princesa
Que bajara en faz de presa
A dar cuenta al tribunal.
Lloró, suplicó, rogó,
Resistió... mas todo en vano;
Delante el vulgo villano
A fuerza se presentó.

Y estaba la estancia llena
De vil y soez canalla
Que siempre deleites halla
En la pesadumbre agena.

Se hizo notar con malicia
De aquel juicio lo imparcial,
Pues hasta la sangre real
Se entregaba á la justicia.

Corria voz de que el rey
No hallaba paz ni consuelo
En lance tal; mas su celo,
Por la justicia y la ley,
A su pesar le arrastraba
A no derogarla injusto,
Porque atendiendo á su gusto
La rectitud olvidaba.

Y el vulgo que tal oía
Engañado torpemente
La voz alzaba insolente
Y con descaro aplaudía.

Y oíanse carcajadas
Groseras y dicharachos,
Y chanzas que entre borrachos
Aun fueran mal toleradas.

Que cuando pone sus ojos
La plebe en quien algo vale
Porque con ella se iguale
No escasea los sonrojos.

Y así ni aun para consuelo
En tan injusto quebranto
Para que oculte su llanto
La permitieron un velo.

Descubierta estaba, sí,
Doña Luz y avergonzada,
¡Vergüenza centuplicada
Por ser ella y ser allí!

Su noble hermosura espuesta
Cón vilipendio brutal
Al ojo y lengua carnal
De la turba deshonestá...
¡Ah, corramos mas atentos
Con su memoria nosotros
El velo que osaron otros
Negar á sus sufrimientos!

Corrámosle, que en verdad
Le necesita, y bien doble,
Para oír siendo tan noble
Cual la acusan sin piedad.
Llamado el acusador
Por los jueces, en voz alta

Demandó á doña Luz, falta
De aliento, en este tenor:

—“Yo, noble y paje del rey
“Invoco aquí por tres veces
“Del rey mismo, de sus jueces,
“Y de su pueblo, la ley.

“Y ante ella, á esta dama acuso
“Por mujer torpe y liviana,
“Pues su amor vendió villana...

“Cuyas pruebas no rehusó.
“Y así en su justicia grande
“El Dios sumo á quien apelo,
“Vea lo cierto en el cielo
“Y si no me lo demande.”

Calló aquí el mal caballero
Y al ver que en la turba inmensa
No hay quien salga á la defensa
Lo dieron por verdadero.

A doña Luz condenaron
A morir en una hoguera,
Si desmentir no pudiera
Lo que allí le demandaron.

Entonces la hermosa dama
Mirándose sin amparo,
Pensó en vender lo mas caro
Las pruebas contra su fama.

E hincando en tierra las dos
Rodillas, con voz doliente
Esclamó: “¡Juro que miente,
Y apelo al juicio de Dios!”

Reinó un silencio solemne
En la atenta muchedumbre;
Y el juez, segun la costumbre,
“Si estaba firme y perenne
“Y confiaba en su causa.”

La preguntó á la princesa,
Cuya voluntad espresa,
Siguióse otra breve pausa.

Tras cuya seria consulta
Fijóse un plazo de un mes
Atenidos á él despues
Todos sin otra resulta.

Admitió el acusador
El combate, si es que había
Caballero que admitía
La lid del mantenedor.

Y tornaron otra vez
Cada cual con su esperanza,
El rey á su ruin venganza,
Doña Luz á su estrechez.

Y pues que nadie nos corre
Y un mes tenemos de espacio,
Dejémosle á él en palacio,
Y á doña Luz en su torre.

LEYENDA SEGUNDA.

LA PRINCESA DOÑA LUZ.

III.

EL CABALLERO.

Si por mi dichosa estrella,
Lector, te place mi historia,
Y hasta el fin quieressabella,
Fuerza es que vengas tras ella
A pocas leguas de Coria.

Al cabo no es largo viaje,
Ni habrá postas que pagar,
Ni que hacer grande equipaje,
Y á mas te daré carruaje;
Con que déjate llevar.

Pues te advierto ¡oh! complaciente
Lector (por si aun no lo sabe
Tu altitud), que á la presente
Los poetas somos gente
Muy cortesana y muy grave.

Que en este siglo sin valla
Machucho y conciliador,
Cualquier criticonos halla
Tan buenos como el mejor
Que hoy anda entre la canalla.

Por cuya razon me atrevo,
Seas lector quien te fueres,
A proponerte de nuevo,
Que me acompañes, si quieress,
Que á mal lugar no te llevo.

Pues teniendo que tomar
Noticias de un caballero
Noble y valiente á la par,
Creo justo irle primero
Nosotros á visitar.

Así, pues, por concedido,
Yo quedaré agradecido;
Tú sabrás toda mi historia;
Y yo alegre y tú servido,
Aquí paz y despues gloria.

Hay, si no me acuerdo mal,
Cerca ya de Portugal,

De lo mas noble de España
Villa antigua y principal
Que el Tajo revuelto baña.

Yace en su frondosa orilla,
Y al pié de un monte sentada,
La nobilísima villa,
Por las armas de Castilla
Defendida y almenada.

Y hoy, aunque en menos grandeza,
En mas honra y mejor fama
Sustenta bien su nobleza,
Y con altiva fiereza
Aun Alcántara se llama.

Y allá en los años remotos
Por do mi leyenda marcha,
Diz que de sus anchos sotos
Por las zanjas y los cotos
Cubiertos de fria escarcha,

Corria al salir la aurora,
Sobre un potro cordobés
Un noble, con quien mal hora
Dió una cierva corredora,
Pero cansada de piés.

Ibase el buen caballero
Sobre las crines tendido
Recortándola un sendero,
Con un venablo de acero
A matarla apercebido;

Y huía desalentada
La cierva delante de él,
Sintiendo desesperada
La carrera aventajada
Del poderoso corcel.

Y ya olvidado el camino,
Sin ver si pierde ó si avanza,
Seguia huyendo sin tino,
Luchando sin esperanza
Contra su fiero destino,

Cuando á la fin de la Vega
La triste, sin poder mas,
Al agua lanzóse ciega;
Y el hombre, que á tiempo llega,
Lanzóse al agua detras.